



LAS ENCUADERNACIONES DE ARTE DE BRUGALLA

Por CECILIO BARBERAN

ANTECEDENTES DE UN NOBLE Y BELLO OFICIO

El noble y prestigioso arte de la encuadernación, ese arte que desde los más remotos tiempos se asocia a la expansión de la cultura intelectual de los pueblos, tiene hoy el mejor exponente en una obra admirable que como aquellas de ayer también refleja la cultura y la sensibilidad de la plástica actual. Nos referimos a la Exposición de encuadernaciones que acaba de celebrar, en la Sala de Estampas del Museo Nacional de Arte Moderno, el ilustre artista catalán Emilio Brugalla.

Débase la iniciativa de esta Exposición al Fomento de las Artes Decorativas de Barcelona, esa universidad de oficios suntuarios que bajo la dirección de don Santiago Marco tanta obra admirable está produciendo en el alto campo de las artes decorativas españolas. Iniciativa patrocinada por la Dirección General de Bellas Artes, que de tan singular manera alienta tan excepcional institución de arte y trabajo.

¿Qué supone la Exposición de Brugalla, que acabamos de admirar? Sin duda, algo singular; algo así como ver en ella la continuidad de la cultura más remota sobre el arte de la encuadernación del libro, a través de una nueva concepción de dicho arte y oficio, igual, pues, en este caso a un espléndido ramaje nuevo, nacido en el más viejo y prestigioso tronco.

Ver, pues, las encuadernaciones de Brugalla es tanto como otear, en la lejanía de los tiempos, el primor y la riqueza que dentro de lo elemental tuvieron las encuadernaciones visigóticas —aquellas que se revestían de planchas de oro encostradas de pedrería— y que desaparecieron en la oscura hora medieval; belleza que luego extienden los artesanos de Oriente cuando llega el pueblo árabe a la Península, y que tiene la amplitud magnífica que supone toda la obra mudéjar de este género; suntuosidad que enlaza con el primor de la obra renacentista y barroca, con sus variaciones, ya Imperio francés, ya románticas.

Todos estos ciclos de obra los rememora Brugalla en la que expone actualmente en Madrid. Mas, ¿cómo lo consigue? ¿Reproduce, con la perfección técnica actual, obras y estilos de aquella naturaleza? Afirmaríamos que no. Y esto es lo que presta tanta singularidad a la suya. Brugalla, en este

caso, es un captador de esencias de clasicismo; pero tiene el acierto de elaborar éstas transformándolas de forma que aunque prevalezca su matiz originario, la obra aparezca con un aspecto completamente nuevo. He aquí el secreto de la belleza de sus encuadernaciones.

COMO SE FORMO BRUGALLA PARA CREAR SU OBRA

Cuanto llevamos apuntado, entraña, sin duda, un proceso de formación cultural de su arte, que en este caso es interesante conocer para de esta forma aquilatar mejor el valor de su obra.

Emilio Brugalla, siendo niño, se inició en la encuadernación de arte en la casa de don Angel Subirana, de Barcelona, asistiendo por las noches a las clases del Instituto Catalán de las Artes del Libro, y después a la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes de la misma ciudad.

Deseoso de ampliar sus estudios y perfeccionar su técnica, marchó a París a los diecinueve años, en donde trabajó en el taller de Alfred Chevallier en calidad de dorador y cursó las asignaturas de dibujo y encuadernación en la Escuela de Perfeccionamiento del Sindicato Patronal de Encuadernadores y Doradores de París.

Esta formación la madura el artista con la creación propia, una vez que vuelve a Barcelona, y la casa Subirana le presta el ambiente adecuado para el desarrollo de su original labor. La revelación de Emilio Brugalla acontece en 1929, con motivo de concurrir a la Exposición Internacional de Barcelona de dicho año. El señero relieve de la obra que expone le vale a Brugalla el Gran Premio del Certamen, y algo más valioso acaso para su vida artística: la amistad de prestigiosos bibliófilos españoles, de los cuales ha de obtener muchas enseñanzas. Es don Francisco Vindel el que lo presenta a los mejores poseedores de libros de Madrid, de cuyas relaciones se desprenden encargos de encuadernaciones importantes, como las que suponen las de don Félix Boix, don Vicente Castañeda y don Francisco Hueso Rollán, entre otros.